

hijo! y le hacían morir entre horribles sufrimientos y penitencias. Yo pensaba que la cosa era un poco exagerada; pero me decía: «En verdad estos religiosos han cometido una imprudencia: ¿por qué admitir á este jovencito, á este tierno niño en su Comunidad? Mejor hubieran hecho en aconsejarle que se quedase al lado de su anciano padre»

Mas hé aquí que el otro día trabé conocimiento con uno de aquellos frailes, y le dije:

—Reverendo Padre, explicadme el hecho con toda franqueza, porque se os ha atacado de un modo particular, y vosotros no habeis dicho esta boca es mía. ¿Qué hay, pues, de cierto en esta historia?

—Nada, me respondió. Aquel tierno niño alcanzaba ya sus veinte y cinco años muy cabales; estaba gravemente enfermo, casi á punto de muerte y tenia sus buenas razones para desear cerrar los ojos fuera de su casa paterna. Quería poner su alma al seguro, partir para el otro mundo con el hábito, y tener á mano en aquella hora todo lo que facilita el tránsito. ¿Qué cosa puede haber más natural?

—Sin duda,—repliqué,—pero ¿y su padre?

—Su padre habria consentido en que se hiciera sansimoniano, ma-són, soldado, saltimbanquis... cualquier cosa menos fraile. El hijo todo al revés, y como llevaba prisa, partió para el convento. Allí le recibieron colocándole en la enfermería, y le prestaron los auxilios necesarios. Por su aspecto parecía cercano á su fin, y se encargó que le construyeran la caja mortuoria. Su padre vino á reclamarlo; pero el superior le dijo: «Vuestro hijo quiere morir aquí, está muy en su derecho, y yo no puedo rechazar á una pobre alma que se refugia en el puerto.» El padre se enfureció: puso en movimiento á los escribanos y á los jueces, y acudió también á los periódicos; mas los Religiosos, por consideración al padre de uno de sus hermanos, guardaron el silencio de la Santa Caridad. El tiempo demostró que obraron bien, pues ya habéis visto como aquel terrible padre ha concluido por calmarse.

—Y ¿qué se ha hecho del hijo?—insistí yo aún.

—El hijo se ha puesto perfectamente bueno,—respondió el religioso.—Durante los mismos días en que los periódicos seguían gritando que se le hacía morir, ya estaba curado á fuerza de tranquilidad de espíritu y de asiduos cuidados; ahora es fraile, y no de los menos sanos y gordos.

—Hé aquí un caso increíble —exclamé. —Me gustaria ver á ese fraile.

—Miradle, pues,—dijo el religioso;—soy yo.»

